

ciséis, los padres se han quedado en el pueblo con la mitad de la prole; la otra mitad está bajo un sombrero, en la parcela. Al frente de ellos hay un chaval de dieciséis años.

El Guadalquivir divide las parcelas de los colonos de IRYDA de las de los agricultores del arroz. Los arroceros tiran herbicidas de baja calidad, que están prohibidos y que mata las cosechas de algodón de los colonos. Hay 60 parcelistas afectados por este problema. La situación ha llegado a tal extremo que un día los colonos encerraron en la iglesia de Pinzón (Utrera) a técnicos del IRYDA y a alcaldes de la zona. Pero los arroceros son agricultores más fuertes y siguen destruyendo las cosechas de los pequeños parcelistas, a los que IRYDA ha prometido esas indemnizaciones que nunca llegan. Y allí están, amargados, al borde de cometer un disparate.

El 30 por 100 de las parcelas están abandonadas, porque los colonos no pueden desplazarse, sin casa, a cultivarlas; un 25 por 100 las tienen arrendadas. Las tierras, que servían antes para el ganado y para recoger **cabrillas** (caracoles), serán, cuando nazcan varias cosechas, de las mejores tierras del Sur, un vergel de 15.000 hectáreas. IRYDA ha prometido construir casas, almacenes, para los nuevos agricultores. Pero parece que les han dicho: "Queréis tierra, ahí la tenéis para sufrirla". Estos colonos, que podían estar cobrando el subsidio de desempleo, han preferido comprar la tierra y vivir tirados por los campos, con los hijos a cuestas echando abono, esperando que crezca un tomate para comérselo.

Un chavalillo viene con un pájaro cogido en la trampa. Lo despluman y a la olla. Llega el coche del reparto del agua: un solo cántaro. Más **cornás** da el hambre jornalera. ■ A. R. E.

ESTOY escribiendo un libro de viajes, refiriendo lo que he visto, intuido y dicho por las más solitarias y remotas montañas de las Asturias, y ahora que lo medito no sé a ciencia cierta si ando metido en una empresa narrativa de derechas o de izquierdas. Nada dicen las preceptivas literarias innombrables, al menos explícitamente, pero sospecho, a la vista de la bibliografía más usual, que en este país existe desde hace medio siglo, una inconfesada división ideológica del trabajo literario: el discurso de la Cultura para la progreña y el de la Naturaleza para la burguesía.

Noto con asombro y cabreo que el paisaje español está secuestrado por la escritura de derecha o de izquierda, vale decir, por Pedro de Lorenzo, el marqués de Lozoya, Josep Plá, Fray Justo Pérez de Urbel,

Baltasar Porcel, Gironella, Julián Marías, García Sanchiz, Camba, Castillo Puche, Azorín y toda la polvorienta topología del noventa y ocho. No me sirven de consuelo las soberbias prosas viajeras de Cela y Cunqueiro, porque lo que urden estos dos grandes señores gallegos con la Naturaleza hay que situarlo en la otra orilla, del lado de los Melville, Stevenson, Conrad, Salgari, Kipling y demás aventureros de la cartografía fantástica.

Tampoco ignoro que existen rarezas contrarias, pero lo verdaderamente excepcional es que la izquierda escriba al aire libre, fuera del asfalto, del pub, y de la biblioteca, por los caminos que no figuran en el mapa profesional y hacia las posadas anónimas. Acaso esta especialización discursiva, aberrante en otras culturas, explica el también curioso fenómeno de la proliferación de sangrientas polémicas entre individuos de análoga ideología y de diferentes atributos corporales: por más que se busquen con ganas los auténticos adversarios, jamás se encontrarán, pues mientras unos siguen la senda de los pubs, los otros andan por las rutas del románico y así es geoméricamente imposible la pelotera natural y entonces acontece la fratriada, como ha ocurrido este verano, que tal parece, de San Martín.

Y me sorprende esta deserción de la izquierda del libro de viajes, porque una de las tradiciones más constantes y felices del progresismo español fue la práctica de ese género narrativo. Nuestros ilustrados y repúblicos fueron, antes que nada, viajeros por España, exploradores de sus tierras y hombres, escritores del camino, o caminantes del escribir, que partían, siguiendo las precisas instrucciones del Emilio, no tanto para ver paisajes y monumentos como para conocer pueblos, estudiar costumbres, comparar y analizar formas de gobernación: para narrar. El viaje y su

escritura a la intemperie como placer estético y también como modo de sabiduría y de ciudadanía: para ejercer el criticismo, la ciencia, el reformismo pedagógico y hasta la politización por medio de la literatura andarina, que así hay que entender, por ejemplo, los famosos itinerarios dieciochescos de Ibáñez, Ponz, Jovellanos, Sarmiento, Cavanilles, Leandro Fernández Moratín, Tomás de Iriarte, Bovles y otros desengaños de las Españas que de ultramontanos nada tenían.

Ahí están las consecuencias inmediatas de esta agrafía viajera de la izquierda, de la necia manía asfáltica y sedentaria de nuestros intelectuales orgánicos: tenemos las famas geográficas destruidas por pegajosos tópicos literarios que nos impiden su serena contemplación y censuran su natural

significación. Existe algo más peligroso para nuestra naturaleza que los detergentes, los plásticos, los vertederos, las celulosas y las nucleares y es la contaminación de los incalificables adjetivos que la derecha le ha colgado como sambenito a los paisajes y monumentos de este país, y que modifican torpemente su sentido verdadero. Metáforas, metonimias, superlativos, pleonasmos, sinécdoques de reconocible procedencia y referencia ideológica — estilística — que transforman los lugares estimulantes en lugares comunes, que impiden nuestros espontáneos pasmos viajeros por miedo a incurrir en la tremenda cursilería acuñada, que matan la incertidumbre con esas aborrecibles prosas del paisaje, que convierten al viajero, incluso al ilustrado, en turista planificado.

Se me argumentará que jamás la progreña había viajado tanto como ahora mismo y encantado acepto la información, porque eso es precisamente lo que sorprende, que al cabo de tanto vagabundeo la producción de literatura viajera continúe en manos de la derecha más ramplona y que las narraciones del progre únicamente hablan de densidades superiores a los diez mil habitantes por kilómetro cuadrado, ignorando olímpicamente las inferiores a cuarenta, es decir, olvidando la diferencia.

Pero la realidad es bien distinta, porque, si bien se analiza, la nueva izquierda no viaja, que lo suyo es peregrinar. Son itinerarios sagrados con destino (trascendental) a Katmandú, Djerba, Fez o San Francisco y a lo que yo me estoy refiriendo en estas columnas es a las hermosas rutas profanas que desbrozaron aquellos maravillosos viajeros de la razón y de la narración y que ahora mismo transitan los representantes de la reacción como Pedro (de Lorenzo) por su casa, dejándolo todo perdido de ruinas literarias que espantan al caminante. ■

La izquierda peregrina

JUAN CUETO ALAS